

resistía á la benevolencia con que trataba Moctezuma á los españoles; Cacumatzin, repetimos, que á estos motivos de odio unia los celos que le inspiraban las apasionadas miradas de Temixpa á los extranjeros, meditaba una venganza horrible contra aquellos hombres, que en tan breve tiempo habian trastornado por completo el modo de ser de un vasto imperio.

Asistamos á la conferencia que celebraron con el emperador los tres príncipes sus sobrinos.

CAPITULO XXXI.

Temores y dudas.



Se he llamado, exclamó Moctezuma, para saber las impresiones que habeis recibido en todo el dia de hoy, para que me confies la idea que habeis formado de los extranjeros, para desahogar en vosotros la opresion de mi pecho, y oir vuestra opinion acerca de la conducta que debemos seguir para con ellos.

—Es la primera vez, dijo el príncipe de Iztaacpalapa, que nos hablas de esa manera. Mucho debemes agradecer á los extranjeros, porque nos proporcionan tu amistad:

—¿Empiezas acusándome?

—No; empiezo congratulándome de un acontecimiento que es fausto para nosotros, por más que sea triste para nuestra nacion.

—Dices bien, repuso Cacumatzin. Yo preferiria mil veces que Moctezuma con toda la plenitud de su poder, nos mirase con indiferencia y hasta con desprecio, nos considerase como al último de sus vasallos, con tal de que los extranjeros no hubieran puesto la planta en su territorio, con tal de que no estuviéramos próximos, como estamos, á llorar nuestra esclavitud.

—¿Eso piensas?

—Eso creo.

—¿Y en qué te fundas para tener esas ideas?

—Tú has visto cómo han llegado hasta nuestra ciudad.

—Tú sabes que no léjos de aquí tienen próximos á auxiliarnos á nuestros enemigos los tlaxcaltecas y los zempoales.

Emisarios que he enviado á las provincias más próximas á México, me han anunciado que los caciques y régulos que se han presentado á él le han manifestado los motivos de resentimiento que tienen conmigo y lo dispuestas que están á auxiliarles cuando llegue el momento de arrojar la máscara con que se cubren y á sojuzgarte.

—¿Crees tanta falsía en esos hombres?

—No son de nuestra raza: todo hay que esperar de ellos.

—Hasta ahora, prosiguió Moctezuma, no me han dado motivo para sospechar.

El jefe de los españoles me trata con las mayores consideraciones.

Admira las grandezas de mi imperio, y aunque ensalza el poderío de su soberano, me honra al considerarme digno de su amistad.

—¿Y no te dice eso, exclamó Cacumatzin, que ese hombre es la culebra que se arrastra humilde para que la abrigues en tu corazón, con ánimo de pagarte tus beneficios arrancándote las entrañas?

—Si ese caso llegara, fuerza me sobra para ahogar en mis manos á la serpiente.

—¡Ay! No; que la serpiente fascina ántes á su víctima, y cuando cae sobre ella es por que esta segura de haberla apisionado con la fascinacion.

—Si así sucediera, repuso el monarca, si pudiera ejercer sobre mí ese prestigio que supones, si yo fuera su víctima, vosotros, mi pueblo entero, ¿no me vengaríais?

¡Ah! No he creído aún, no creo, no puedo creer, que los mexicanos, vencedores siempre, hayan perdido ya toda la fuerza, toda la energía necesaria para destruir á los miserables que con capa de amigos vinieron á usurparme mi poder.

—Nunca has debido consentirles llegar hasta la ciudad.

—¿Por ventura he podido oponerme á la voluntad de los dioses?

—Yo hubiera inmolado en sus aras doble número de víctimas, y hubiera aplacado de este modo su furor.

—Todo es inútil, ya los extranjeros están en México.

Son mis amigos, les he ofrecido proteccion, y mientras ellos no falten á sus deberes, yo cumpliré los míos!

—Pues entónces, dijo irritado Cacumatzin, ¿para qué nos llamas?

—Sois mis sobrinos.

Sereis siempre, cuando yo muera, los consejeros de mis hijos.

Mi sangre corre por vuestras venas. Tengo derecho para abriros mi corazón.

Yo sé que sereis capaces de derramar hasta la última gota de sangre luchando por la independencia de mi imperio; yo sé que me siento con fuerza suficiente para aceptar el reto si me presentan la batalla los extranjeros.

Pero no puedo ménos de considerarme inferior á ellos cuando su jefe me habla; cuando leo en sus ojos toda la fe, toda la seguridad que tiene en sus creencias; cuando considero que todas las grandezas de mi córte, no solo no le inspiran asombro, sino que las contemplan con indiferencia. Y cuando veo que tiene este ascendiente sobre mí, mi corazón se oprime, y quisiera llorar.

—Esa es la fascinacion, dijo vivamente Cacumatzin.

—¿Y qué hacer?

—Arrancarle pronto la máscara, contestó Cacumatzin.

Yo cuento, no solo con tu ejército, sino con el de nuestros aliados.

Yo tengo valor suficiente para arrojar el guante á los extranjeros.

No faltes tú á la hospitalidad que les has prometido; pero yo

soy libre, puedo insultarlos, puedo anonadarlos; puedo, en fin, hacer brotar la chispa que produzca el incendio, y acabar para siempre con los extranjeros, inmolándolos en aras de nuestros dioses.

—Eso nunca.

—Pues es el único camino que nos queda, repuso con sequedad Cacumatzin.

—Mi opinion es la misma, dijo el príncipe de Iztacpalapa.

—Pues yo no pienso así, exclamó Guatimotzin, que hasta entonces habia permanecido silencioso. Yo creo, porque tengo fe en las fuerzas con que contamos, que debemos tratar á los extranjeros como nos traten.

—No nos conocen aún, y por eso no nos temen.

Que vean un dia y otro las magnificencias del imperio; que asistan á una de esas grandes fiestas con que deslumbramos aun á los mismos que están acostumbrados á presenciárlas; que concurren á una de esas lides, en las que los mexicanos ponemos en evidencia el rigor, la energía, la destreza, la serenidad, la vehemencia de nuestro modo de ser, y cuando se convengan de lo que somos, como los de Zempoala, como los de Tabasco, como los de Tlaxcala, como los de Cholula, si traen intenciones hostiles, las guardarán en el fondo de su alma, y partirán de aquí sin haber dejado manchada nuestra conciencia por haberles sacrificado.

—Tú consejo me agrada, dijo Moctezuma, y es necesario preparar para mañana mismo un gran festejo al que asistan los extranjeros.

—¿Tú lo quieres? dijo Cacumatzin. Cúmplase tú voluntad, que es omnipotente.

Pero ¡ay! yo, por mi parte, temo que la debilidad que ahora manifiestas va á costarte muy cara, y va á arrancar muchas lágrimas de los ojos de todos tus vasallos.

—Cúmplase mi voluntad, añadió Moctezuma.

Los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco abandonaron la estancia.

Guatimotzin quedó un instante con Moctezuma.

—¿Sufres? le dijo.

—Sí; sufro mucho.

—Aquí tienes mis brazos.

Moctezuma cayó en los brazos de Guatimotzin.

En aquel momento no pudieron ménos de asomar lágrimas que arrasaban sus ojos.

Pero reponiéndose de pronto, y cogiendo con febril movimiento la diestra de Guatimotzin:

—Olvida que me has visto llorar, y ¡ay! de tí si alguno sabe que Moctezuma ha derramado lágrimas la primera vez de su vida.

Guatimotzin partió.

El emperador quedó abismado en sus pensamientos.

Miazochil, su esposa, le sorprendió al rayar el alba.

—Para hoy, la dijo Moctezuma, preparo una gran fiesta.

Es necesario que con mis hijas y con las esposas de mis nobles acudas á ese festejo, que ha de dar á los extranjeros la medida de nuestro poderío.

CAPITULO XXXII.

Una fiesta mexicana.



«Se dispuso todo lo necesario con asombrosa rapidez para la fiesta que debia celebrarse al dia siguiente.

El príncipe de Iztacpalapa dirigió los trabajos necesarios, y organizó el festejo.

Una pluma inspirada ha trazado en un bellissimo cuadro las peripecias de aquel torneo, que torneo pudo llamarse, y como nuestros colores serian pálidos al lado de los de su paleta, preferimos reproducir aquí las animadas páginas á que nos referimos. (C)

«Alrededor de un vasto circo, formado en la gran plaza de Tlatelulco, donde cabian perfectamente de cincuenta á sesenta mil almas, se pusieron numerosas gradas en forma de anfiteatro para los espectadores, y algunos pálios espaciosos destinados á la familia imperial

«El dia 10 de Diciembre, señalado para la funcion, amaneció tan sereno y hermoso en aquel clima feliz, como si tomase parte en el lucimiento de la fiesta.

«A las diez de la mañana salió de su palacio Moctezuma con su familia, conducidos en magníficos palanquines, y acompañados de brillante comitiva.

«Apénas entraron en sus pálios, voló por todos los ámbitos de aquel extenso campo, lleno ya de un numeroso concurso, el unánime grito de ¡viva Moctezuma! ¡Viva la familia imperial!

«Y todas las manos tocaron la tierra en señal de veneracion»

«Ocupó Moctezuma la silla preferente en uno de los pálios, colocando á su derecha á su esposa y á su izquierda á Hernan Cortés, y ordenando se pusiesen detrás varios personajes.

«Se colocaron en otro pálio las princesas Guacalcinla y Temixpa con sus hermanos, y á espalda suya algunos señores y nobles damas de la servidumbre de palacio.

«Estaban el emperador y su esposa lujosamente ataviados, deslumbrando con el resplandor de sus joyas, no siendo de menor magnificencia el ornato de las princesas.

«Llevaba la consorte de Guatimotzin una ligera túnica de exquisita blancura, ceñida á su esbelto talle con un cordon de hilos de oro, de cuyos extremos pendian gruesas borlas, que casi tocaban en sus pálidos piés, calzados con unas ligeras sandalias de purísima plata.

«Sus hermosos brazos, descubiertos hasta el hombro, estaban engalanados con diversos brazaletes de plumas de Tlanhtototl (pájaro cardenal) y de papagayo, conchitas marinas de un bellissimo carmesí, engarzados en arillos de oro.

«Caía su negra y sedosa cabellera sobre su redonda espalda, y brillaba en torno de su frente una diadema de perlas, que convenia perfectamente á su severo perfil de emperatriz.

«Dos robustos cangrejos de oro colgaban de sus orejas, y llevaba en las manos innumerables sortijas de diversas y preciosas piedras.

«Temixpa vestia una corta falda de color de rosa, sobre otro talar pajiza, ajustadas ambas á la cintura por una faja de piel de armiño, cerrada por un broche de esmeraldas.

«Sobre su naciente seno casi descubierto, se cruzaban varias cadenillas de oro con colgantes de pedrería, y coronaba su cabeza, cuyos rizos numerosos le cubrian las orejas y parte delcuello, un penacho de plumas azules, sombreando agradablemente su rostro, redondo y fresco, iluminado por dos ojos de fuego.

«Plumas iguales á las de aquel penacho adornaban sus bra-

zos, y sobre sus torneados tobillos subían trenzadas las cintas de color de rosa que sujetaban sus sandalias de oro.

«Cortés y sus capitanes estaban también con sus galas militares.

«En el pábulo vecino al de las princesas se habían colocado los principales personajes extranjeros.

«Allí se veían el implacable Sandoval, el prudente Lugo, el fanático Dávila, el elegante Alvarado, el que por su hermosura mereció entre los mexicanos el nombre de *Tonaticoh*, que quiere decir *Sol*; pero en quien los vencidos nunca encontrarán piedad.

«Allí estaban también Olid y el intrépido Orgaz, y el joven y gallardo Velazquez de Leon.

«Las nobles mexicanas, cuyos ojos eran atraídos por un momento hacia las bellas facciones de Alvarado, se detenían con mayor complacencia en la noble y expresiva fisonomía de Velazquez, que por su parte correspondía á aquellas lisonjeras miradas con las suyas, llenas de franqueza y de pasión.

«Presentó aquel recinto un espectáculo verdaderamente magnífico, en el momento en que, abriéndose las barreras del circo por orden de los príncipes de Iztacpalapa, de Matahzingo y Xochimiho, que hacían las veces de mariscales de torneo y reyes de armas, aparecieron los contendientes.

«Entraron sucesivamente cuatro cuadrillas de jóvenes guerreros, vistosamente ataviados, con sus jefes al frente, y fueron desplegando por delante del pábulo régio, doblando la rodilla al saludar á Moctezuma.

«Mandara la primera el soberbio príncipe de Tezcucó, cuyas atléticas proporciones encubría muy ligeramente el manto de finísimo algodón y de color purpúreo que caía en torno de su cuerpo, sujeto sobre el pecho con una hebilla de oro.

«Anchas plumas blancas y azules cubrían la especie de zaga-

lejo que le caía desde más abajo de la cintura hasta la mitad de los muslos, dejando enteramente desnudo el resto de su cuerpo.

«Un carcax de primoroso trabajo, con labores de oro, pendía á su espalda, y llevaba el arco en su mano derecha, y en la izquierda un ligero escudo.

«Entrelazábase con las plumas del alto penacho que adornaba su cabeza una cinta roja, á cuyos extremos colgaban numerosas borlas del mismo color, en muestra de sus muchas hazañas y de su carácter de príncipe y caballero de la más alta orden militar del imperio.

«Seguíanle más de cincuenta nobles de sus Estados, vestidos de la misma manera y con iguales colores, siendo la mayor parte de ellos caballeros del Leon ó del Tigre, como lo advertían las figuras de dichas fieras pintadas en sus escudos.

«Componían la segunda cuadrilla jóvenes de la alta nobleza de Tacuba, todos caballeros del Aguila, llevando por jefe al bizarro Guatimotzin, que lo mismo que su primo el de Tezcucó, tenía la insignia de la orden suprema, con una cantidad de borlas, que mostraban que eran sus hazañas más numerosas que sus años.

«Los mantos de esta cuadrilla eran blancos, y sus plumas verdes y encarnadas.

«Dirigía la tercera el príncipe de Cuyoacan, mancebo de aventajada estatura y acreditado valor, amigo íntimo de Guatimotzin, y amante favorecido de una hermana de éste.

«Mostrábase orgulloso de llevar en su cuadrilla, no solamente los primeros nobles de sus Estados, sino también algunos príncipes de los Estados vecinos.

Todos ostentaban, como él, mantos azules y plumas negras y blancas.

«La última cuadrilla, dirigida por el príncipe de Tepepolco, llevaba mantos matizados de rojo y blanco, y plumas blancas

y amarillas, formando aquella variedad de colores un conjunto galano y vistoso.

«Los músicos, que ocupaban unas gradas bajo los pátios de la familia imperial, hicieron sonar á la vez sus caracoles, bandurrias, flautas y tambores, concertados del mejor modo posible, y cuya armonía, aunque no muy suave, tenia algo de belicosa.

«Después de varias danzas guerreras, ejecutadas por las cuatro cuadrillas al son de la música, cuyo compás seguían en el choque de sus escudos, comenzóse la lucha por el tiro de flechas.

«Dos blancos se habían colocado en un mismo sitio.

«En la cima de una palma de plata de proporcionada altura se había puesto horizontalmente una varita de unas quince pulgadas de largo, sostenida por un eje, sobre el cual giraba con rapidez al más ligero impulso que se diese á algunos de sus extremos.

«A uno de estos estaba una fruta de corteza dura, algo mayor que una manzana, que horadada por el centro, daba paso á un delgado cordón que la sujetaba á unos anillos de plata que había en aquella punta de la varita.

«Al otro extremo de esta se veía igualmente sujeto un pajarrillo de plata muy ligero, para equilibrar con su peso el de la fruta, pues el objeto que en aquella punta debía servir de blanco era una rodelita de madera, que apenas llegaba al grandor de una peseta, pendiente del pico del pájaro.

«La fruta era el blanco general de los tiros, y la rodelita solo se ponía para que los más diestros archeros pudiesen, si lo deseaban, ensayar algunos tiros de mayor dificultad.

«Ninguno, sin embargo, se mostró decidido á aventurar una prueba de tan fácil malogro, y todos eligieron el primer blanco, probando su destreza la mayor parte de ellos.

«La fruta quedó bien pronto cubierta de flechas, y otro tanto sucedió á varias más que sucesivamente la sustituyeron, pues de doscientas veinticinco flechas que se dispararon, las doscientas

por lo ménos dieron en el blanco, á cuarenta pasos de distancia.

«A cada tiro feliz la vara giratoria daba vueltas como una rehilandería, durando el aplauso de los espectadores lo que tardaba la vara en detener su giro, y otro archero en presentarse.

«Difícil era declarar un vencedor en contendientes tan igualmente hábiles, y ya los mariscales, que este nombre daremos á los directores de los juegos, iban á ordenar se comenzasen otros, cuando saliendo de un grupo de su cuadrilla el arrogante príncipe de Tezcuco, declaró en altas voces que iba á clavar una flecha en la casi invisible rodela que sostenía el pájaro.

«Toda la atención se fijó entónces con profundo silencio en el atrevido archero, que plantándose con serenidad y desembarazo en la línea que señalaba los cuarenta pasos de distancia del blanco, sacó de su carcax una flecha, y acomodándola con cuidado en el arco, que levantó pausadamente hasta nivelarlo á sus cejas, miró de hito en hito al diminuto blanco, que apenas podrían divisar ojos ménos perspicaces, y adelantando un pié, hizo volar la flecha, que despedida por tan robusto brazo, imprimió un movimiento rápido á la vara en el momento de clavar en el centro de la rodela.

Unánime aclamación le proclamaba vencedor, cuando acallándose súbitamente, volvió á reinar un silencio profundo.

Guatimotzin había aparecido en la línea con el arco en la mano, y en actitud de disfrutar el triunfo á su orgulloso primo.

La vara giraba todavía con mucha rapidez y sonriéndose Cacumatzin, miraba aquel largo movimiento que probaba la fuerza de su brazo, y comenzó á decir al príncipe de Tacuba con altanera confianza:

—Aprovecha el largo tiempo de reflexión que te impone la volubilidad del blanco, y no áventures una prueba, en la cual no tienen dos hombres el acierto de Cacú....

No acabó de articular su nombre el príncipe de Tezcuco.

La flecha de Guatimotzin, sorprendiendo á la varita en su

rápido giro, se había clavado en la flecha misma del tezcucano, que cayó en tierra hecha menudos fragmentos, y recibiendo un impulso contrario al que traía, la varita comenzó á voltear en opuesta direccion.

Un silencio de asombro siguió á este certero y maravilloso tiro, hasta que, recobrados algun tanto los espectadores, prorumpieron en desaforados aplausos.

Ningun archero osó disfrutar el premio al esposo de Guacalcinla, que conducido en triunfo por los mariscales, lo recibió puesto de rodillas de manos de aquella idolatrada hermosura.

Felicitáronle á porfía los mismos que habían sido vencidos. Los guerreros españoles le saludaron como á un archero sin igual.

Recibió él con modesta dignidad todas aquellas lisonjeras demostraciones, y buscando un premio más dulce en las miradas de su bella y encantadora esposa.

una de las coronas que la augusta emperatriz debe ceñir á la frente de los vencedores.

No espéro segunda provocacion el yerno de Moctezuma. Arrojando el mazo cubiertas las bellas

CAPITULO XXXIII.

formas de su blanco cuerpo, formas delicadas en comparacion de las heroicas que al desmenuarse dejó patentes su adversario.

Por grande que fuesen las miradas de los espectadores tenían formada de la destreza del príncipe de Tacuba, no hubieron

La segunda parte de la fiesta.

COMENZÓSE despues el juego de la pelota que consistia en mantener por largo tiempo en el aire unas bolas elásticas, despidiéndolas con pequeñas palancas cada vez que descendian, hasta llevarlas hácia una línea trazada á mucha distancia.

En este juego ninguno de los príncipes pudo igualar la destreza de dos jóvenes hermanos de la cuadrilla de Guatimotzin.

Eran aquellos adolescentes hijos de un valiente general muy estimado por Moctezuma.

Llamábanse Haothalan, y Cinthai, y nacidos en los Estados del soberano de Tacuba, padre de Guatimotzin, habían profesado siempre un particular cariño á este jóven príncipe.

El triunfo que acababan de obtener en la pelota le fué por tanto sumamente grato, y él mismo los llevó á recibir de mano de Temixpa el premio de su habilidad, que consistia en dos ricos brazaletes.

Comenzóse despues la lucha.

Cada atleta eligió su contrario, y Cacumatzin, celoso de haber sido superado en el tiro de flechas por su jóven primo, le desafió con altas y corteses palabras.

—Ven, pues, admirable archero, le decia, y si quieres que te perdone el haberme quitado la dicha de recibir el carcax de oro de la hermosa mano de Guacalcinla, hazte digno en la lucha de